

JUAN FERNÁNDEZ-MIRANDA

Intuyo cómo actuaría la alcaldesa Manuela Carmena si, por azar o ucranía, José Antonio Primo de Rivera tuviera una calle en Madrid. Intuyo una pronta eliminación del callejero para evaporar todo rastro, un abrazo a la teoría de que la memoria es y debe ser una y colectiva, tan en boga en estos días como frentista, simplona y exenta de matices.

Hete aquí que llega a las librerías una selección de las notas que Manuel Azaña escribió durante los primeros años de la Guerra Civil, cuando el avance de los sublevados le obligó a trasladar la capital a Valencia. *A la altura de las circunstancias* recoge textos breves y variados, reflexiones en caliente redactadas en cuartillas tras la visita de un embajador, un político o un militar. Auténticos frescos de época plasmados en hojas sueltas con el membrete de la Presidencia de la República. Memoria inmediata e individual del presidente de un país en guerra. Es el «Cuaderno de La Pioleta», fechado en 1937 y 1938.

Y resulta que Azaña hizo todo lo posible por evitar la ejecución de Primo de Rivera. «Uno de sus enemigos más encarnizados, pero cuya vida quería salvar a todo trance», en palabras del democristiano Ángel Ossorio y Gallardo. «Motivos de mi repugnancia», resumió Azaña en sus retazos.

Dominio de la palabra

En esta compilación también se encuentran detalles sobre sus malas relaciones con Francisco Franco, forjadas en los primeros años de la República, cuando uno era ministro de la Guerra y el otro general a secas. En esos tiempos primigenios de la República, lejana aún la conflagración, Azaña emprendió reformas militares que Franco no dudó en criticar en una alocución a los cadetes de la Academia General. Un «desafecto al Gobierno», en palabras de Azaña, que evolucionaría a golpe de Estado un 18 de julio.

Otra de las escasas referencias a Franco en estas notas está datada en 1938, en plena guerra, tras una audiencia al embajador de la República Francesa. «Todo lo que yo siento como español lo siento también como español el general Franco. Si [...] permitiera un poco de verdadera libertad, la naturaleza española recuperaría muy pronto sus derechos, haría saltar en pedazos ese andamiaje artificial, esas dictaduras de importación, copia irrisoria de un sistema ajeno a nuestro espíritu y a nuestra raza».

Azaña: «Soy el de siempre»

Las notas manuscritas del presidente de un país en plena guerra civil revelan la moderación y solidez de su pensamiento, así como el esfuerzo por mantener la dignidad de la República



Caricatura de Azaña realizada por Juan González Cebrián en 1931

COLECCIÓN ABC

Leyendo estas palabras tan empapadas del vocabulario de la época llegamos a uno de los puntos de interés de esta compilación editada y prologada por Isabelo Herreros. Las reflexiones de este político de izquierda moderada, acusado de burgués por los movimientos obreros, soportan bien, incluso

mejoran, con el paso del tiempo. Sobra decir que Azaña contaba entre sus virtudes con un notable dominio de la palabra escrita —llegó a pu-

blicar alguna novela—, amén de una sólida formación intelectual y una prudencia de la que carecen quienes hoy reeditan aquellos años convulsos desde trincheras ideológicas.

A la altura de las circunstancias ofrece mil Azañas que configuran un retrato intelectual de la persona, no solo del político, que presidió la República entre mayo del 36 y febrero del 39. A través de sus ojos se puede leer la radicalización de la política española, la veloz im-

posición de los extremos y el fracaso de la República.

En mayo de 1934, Azaña se sorprendió ante la conversión nacionalista de Lluís Companys, ya presidente de la Generalitat: «Ni siquiera sabía hablar catalán lo bastante bien como para pronunciar discursos correctos en esa lengua —escribe Azaña en 1937—. Este nuevo color de Companys me sorprendió mucho menos que su 'democracia expeditiva', la cual no tiene otra traducción en el vocabulario corriente que la de 'despotismo demagógico'. Igualmente, le llamó la atención la obcecación de Josep Ta-

rradellas, número dos de la Generalitat en 1937, con que los catalanes quedarían fuera del conflicto: «Que Cataluña correrá, como siempre, en esta guerra la misma suerte que el resto de España, es una verdad palmaria que ningún catalán desconoce ni niega; pero no basta para apearlos de aquella opinión ni de cuanto denota. Se mueve entre la deslealtad y la obstusidad».

En el «Cuaderno de La Pioleta» figuran casi todos: políticos republicanos, a izquierda y derecha, sindicalistas, militares, incluso la tercera España. Unos porque se reunieron con Azaña, otros porque el ovillo de la memoria les trajo hasta aquí. Es el caso de Ortega, exiliado entonces en Holanda, por quien el presidente de la República pregunta al filósofo José Gaoos: «¿Cree usted que Ortega corre algún peligro en Madrid?»

—Ninguno.

—Cualquier Gobierno, el más distante de los puntos de vista de Ortega, no solamente lo habría protegido, sino que le hubiese puesto en las condiciones que él quisiese para servir al interés público.

Eclipse personal

El Azaña reflexivo, analítico, el articulista, desaparece en un pasaje. Cuando relata su airado intercambio epistolar, telefónico y presencial con Ossorio y Gallardo, quien le criticó por «haberse recluso en un monasterio» y asemejó su eclipse personal con el de los republicanos y el de la República. Molesto por el reproche, dado su esfuerzo por mantener su actividad como presidente de un país en guerra, Azaña se defiende apelando a la amistad.

—Soy el de siempre.

Manuel Azaña, una persona que a pesar del fracaso de la II República se esforzó por defender sus ideas desde la dignidad del cargo. Como acertadamente resalta el prólogo, esta obra poliédrica revela el drama interior de un intelectual convencido de que, sea cual sea el desenlace de la guerra, las secuelas en el cuerpo social de la nación permanecerán varias décadas. En estas fechas se cumplen ochenta años del inicio de la Guerra Civil.

A la altura de las circunstancias. Escritos sobre la Guerra Civil Manuel Azaña. Reino de Cordelia, 2016. 376 págs. 21,95 euros

